

Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931), Susan Kirkpatrick. Traducción de Jacqueline Cruz, Cátedra, Madrid, 2003, 322 pp.

A través de varias figuras de mujeres artistas e intelectuales que prosperaron entre el Desastre colonial y la llegada de la República, la autora traza una casuística de las luchas femeninas por ocupar lugares destacados en la corporación cultural española. Son ellas: Emilia Pardo Bazán, Carmen de Burgos, María Martínez Sierra, Rosa Chacel, Maruja Mallo y Carmen Baroja.

Analizando sectores de sus obras y poniendo de relieve el diverso tesón con que las cumplieron, Kirkpatrick exalta la variedad de estas personas. Burgos es periodista y folletinista, en tanto Chacel es una escritora de élites. Baroja apenas sale del ámbito doméstico, mientras Pardo Bazán no abandona la palestra. María Lejárraga se esconde tras el nombre de su marido, Gregorio Martínez Sierra, al tiempo que Mallo no esconde nada ni se esconde de nadie.

El recorrido es vivaz e informado, acaso excesivo en cuanto a menciones de opiniones ajenas, generalmente prescindibles. En cuanto al criterio con que se aborda el problema, no parece claro. En ocasiones, la autora se inclina por la crítica feminista de género, los estudios culturales y postcoloniales. Es entonces cuando, por ejemplo, con-

sidera la modernidad como una empresa masculina, dominada por la racionalización, la alienación y la diferenciación propia de la inteligencia. Con ello se cae en el antiguo sexismo, pues la mujer aparece como arcaica, irracional, incapaz de entender y, eso sí, libertadora. Entre sus mismas elegidas, nítidamente, la imagen de la mujer en Burgos, cargada de lugares comunes modernistas, se opone a la de Chacel, que ha escuchado a Freud: la genitalidad es femenina o masculina, pero el erotismo —el conocer al otro y ser reconocido por el otro— es universal. Moraleja: cuidado con los sexismos, pueden dejar a las mujeres fuera del universo por considerarlo masculino.

Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte, Josep Casals, Anagrama, Barcelona, 2003, 679 pp.

La Viena finisecular arrastra la numerosa literatura que merece. En ella se examina cómo, en un contexto decadente —Nietzsche diría que decaer es hundirse en la profundidad— se exagera la tópica del romanticismo. Esta combinación de postrimerías con el lujo de una herencia cultural compleja y monumental, dio como resultado paradójico una producción de ciencia y arte henchida de futuro.

Casals se ha propuesto examinar los temas recurrentes de ese opulento patrimonio, que son expresiones de una múltiple crisis: la del yo, la identidad sexual, la calidad de lo real, el lenguaje y el metalenguaje, la potencia del conocimiento científico, la perduración o desaparición del sujeto y su vínculo con el mundo. Lo hace describiendo con minucia la vida y la obra de los protagonistas: Mach, Weininger, Karl Kraus, Freud, Schmitzler, Mauthner, Hofmannsthal, Wittgenstein, Musil, Mahler, Schönberg, Schiele, Klimt, Otto Wagner, Loos. Por encima de ellos, el balance final del romanticismo hecho por Schopenhauer y los puntos de vista que valen como claves de lectura, proporcionados por Nietzsche.

El trabajo es concienzudo y está expuesto en una topología ordenada y con una prosa de didáctica claridad. El autor conoce las fuentes y la literatura derivada. Cuando elige algún modelo crítico (Magris o Cacciari, por ejemplo) lo hace con acuidad. El exceso de casuismo y una erudición acumulativa, más propios de una tesis que de un ensayo, dificultan la lectura sin quitarle dignidad ni solvencia.

La revolución romántica. Poética, estética, ideología, *Alfredo De Paz. Traducción de Mar García Lozano, Tecnos, Madrid, 2003, 437 pp.*

A pesar de que se trata de una reunión de trabajos aislados, el

libro, ya clásico y referencial, del profesor boloñés, mantiene unidad y coherencia gracias a la principal virtud de todo crítico: su solvencia filosófica, su capacidad de repensar lo que piensa.

Así, por ejemplo, su planteamiento acerca de la diversidad de romanticismos que provienen de una fuente común: aceptar el sentimiento como saber y lanzarse a la lógica del infinito, además de la trama circunstancial que tejen la Revolución Francesa, que todos aplauden y de la cual todos se desazonan, derivando hacia la reacción, la anarquía o el nihilismo. También es de tener en cuenta la situación histórica del país más fuerte del romanticismo, Alemania, ensimismada y volcada a la interioridad, lo cual produce una poderosa cultura de lo íntimo, del alma aislada del mundo.

De Paz ha sabido describir con prosa certera el cuadro y sus tensiones: entre libertad y jerarquía, cosmopolitismo y exotismo, almas bellas y activistas revolucionarios. Ha puesto el acento en la producción pictórica, especialmente francesa, de modo que podamos ver lo que el arte romántico por excelencia, la música, nos propone y no se escucha en las páginas de un libro. Asimismo, su investigación dispara hacia la posteridad, donde el romanticismo ha dejado su huella en las imágenes contemporáneas de un universo que ha cesado de serlo,

por la fractura que lo despieza, y un hombre que se interroga acerca de su pertenencia o su extrañeza respecto a su entorno natural y social.

La reedición no puede ser más oportuna y por ello cabe pedir a los editores que eliminen erratas e italianismos en futuras impresiones.

Historia de la intolerancia en Europa, Italo Mereu. Traducción de Rosa Rius y Pere Salvat. Paidós, Barcelona, 2003, 380 pp.

Tomando como protocolos los documentos inquisitoriales y los libros doctrinarios producidos entre la baja Edad Media y el barroco, Mereu traza un cuadro de las consecuencias que, tanto para la religión como para el poder político, tuvo la instauración del cristianismo como religión de Estado, a partir del gran ejemplo: el emperador Constantino. Tanto del lado católico como protestante, se generó una cultura de la ortodoxia, de la verdad instituida por el poder, a la vez represivo y persuasivo, que elimina la autonomía del individuo y resuelve todo el espacio del conocimiento en el ejercicio del dogma.

Lo inquisitorial instaaura la sospecha como infracción y, por lo mismo, su castigo. El sospechoso debe demostrar su inocencia y puede ser penado sin que se pruebe

su culpa. Como ejemplo máximo, Mereu cita uno de sus temas favoritos, el proceso y castigo de Galileo. Asimismo, la opinión de ciertos teólogos cristianos de los primeros tiempos –Tertuliano, San Agustín, Lactancio– que propugnaron la persuasión y la demostración como medios de convencimiento religioso, en contra del uso de cualquier violencia.

La mentalidad inquisitorial no ha quedado en el pretérito imperfecto sino que vuelve en los sistemas totalitarios y en ciertos exabruptos y deformaciones autoritarias de las democracias actuales. Por ello, el libro de Mereu, documentado, ordenado y ágil de lectura por su carácter frecuentemente anecdótico, cobra una actualidad que preferiríamos obviar, pero que nos acucia y nos pide responsabilidad.

Descartes. El filósofo de la luz, Richard Watson. Traducción de Carlos Gardini, Vergara, Barcelona, 2003, 347 pp.

Las biografías de los filósofos suelen plantear sus inconvenientes añadidos. Se trata de vidas parcas en anécdotas, de un trámite interior y escoradas hacia la abstracción. En el caso de Descartes, por tratarse de un hombre del barroco, y según su propia fórmula, se agrega la reserva

propia de la época y el proverbial «avanzar enmascarado» como un actor en el gran teatro del mundo.

Watson ha explorado con habilidad y ameno sentido narrativo todo cuanto pudo en el personaje: sus conflictos con el padre y el hermano, su tendencia a la vida solitaria, su austeridad sexual, la importancia de sus vínculos a distancia con mujeres importantes como Cristina de Suecia o Isabel de Bohemia. Por ello, se permite el siguiente y acurado retrato: «Descartes era un hombre orgulloso, irascible y egocéntrico. Su ingenio era acre, se mostraba dogmático en cuanto a sus propios puntos de vista y acusaba a quienes disientían de interpretarla mal o de ser imbéciles».

Ciertamente, en un siglo de inquisiciones y guerras religiosas exterminadoras, fundar el moderno racionalismo no era empresa fácil. Y Descartes lo hizo con la astucia barroca que le habilitó para eludir las censuras y llevarse bien con las cortes, Francia incluida. Vivimos en un mundo cartesiano, con una ciencia autónoma capaz de hacer de la tecnología una cultura. Imposible mayor prueba de la potencia histórica de Cartesio.

Paralela a la anterior, va la biografía científica y filosófica de Descartes, expuesta de modo que el lego pueda anoticiarse de metafísica, óptica, geometría y mecánica. Watson ha resuelto el envite con frescura y fluidez. A veces exagera

su amenidad y coloca insertos de sus viajes y sus conversaciones matrimoniales, que podrían suprimirse a favor del conjunto. Pero el balance general se ve apenas afectado por estos anacronismos.

Un verano en Lesmona. Con cartas de Thomas Mann, Marga Berck y Katia Mann, Marga Berck. Traducción de Susana Tornero, *El Acantilado*, Barcelona, 2003, 254 pp.

Cada tanto, las cosas se encargan de confirmar el aforismo de Oscar Wilde: «La Naturaleza imita al arte». Con apenas 17 años, la autora (en la vida civil: Magdalena Melchers) escribió una impecable novela epistolar, sin saber que lo hacía, en las cartas a su amiga Bertha Elking, fechadas entre 1893 y 1896, cuando la amiga muere. Vaivenes amorosos, la sustitución del hombre amado por otro hombre aún más amado, los proyectos matrimoniales de una adolescente de aquellos tiempos, las constricciones familiares, la sórdida actitud crematística del padre, el mundo alegre y confiado de la Alemania guillermiana, que se preparaba, sin decirlo, para una guerra de autoaniquilación, en fin, cuanto sea menester para perfeccionar la trama, colabora a la sorprendente plenitud este libro.